

hecho sobre todo para ponerla en relaciones armoniosas con las verdaderas necesidades del hombre; para dar una legítima satisfaccion á sus necesidades inferiores sin ultrajar sus necesidades superiores?

¡Ah! Cuando hayais desterrado del mundo económico hasta la sombra de Dios; cuando todas vuestras teorías económicas excluyan positivamente toda relacion con él; cuando vuestra organizacion del trabajo y vuestra elaboracion de la riqueza lo proscriba, y llegueis á prohibir el que se pronuncie siquiera su nombre; pues bien, en esta hipótesis que es rigurosamente el caso de la economía atea, yo pregunto con justicia imparcial, pero tambien con una simpatía interesada en la felicidad de mis hermanos: ¿Qué viene á ser esta economía sin religion y sin Dios, encerrada como está en el círculo de hierro de vuestras implacables teorías? ¿Qué viene á ser todo ese mundo llamado económico, con las producciones que en él se acumulan, con las almas que en él se mueven, con las vidas que se consumen, con el sudor que se derrama, con la sangre que se corrompe, con las virtudes que perecen, con las convicciones que se apagan y las degradaciones que se multiplican?... ¿Qué viene á ser ese inmenso y perpetuo trabajo, arrastrándose aquí sobre la gleba, inclinado allí sobre el yunque, y acullá, empapado el rostro en sudor, jadeante junto al horno, para producir dia tras dia y hora tras hora el alimento siempre mas abundante y siempre mas insuficiente de esa humanidad siempre mas hambrienta?...

¡Ah, Señores! La economía reducida á estas condiciones, arrancada sin piedad á los brazos de la religion y á las influencias del templo, la economía constituida, organizada y funcionando como lo entiende y quiere el ateísmo, me parece una cosa tan lamentablemente triste y tan profundamente innoble, que si debiera por todas partes caminar bajo ese soplo y funcionar en ese sentido, de todo corazón pediría yo al cielo que la arrebatara de la tierra, y quediera al hombre otro secreto de procurarse al menos supan de cada dia.

¡La economía atea! Pero ¿qué cosa es esto sino la humanidad comprimida en la superficie de la tierra, arras-trando en el fango de sus irremediables corrupciones la pesada cadena de sus dias? ¡Cadena de forzado, en que no hay mas que dos anillos remachados el uno con el otro por la mano de la fatalidad: *gozar y trabajar, trabajar y gozar!*

¡La economía atea! Es el pueblo bautizado, engrandecido por Jesucristo, renovando en los tiempos modernos, con recargo de oprobio, las servidumbres antiguas; la tierra, la tierra entera, convertida en un laboratorio inmenso sin rendija para el cielo; negra prision en que ni el rayo de la luz moral, ni el rayo de la luz religiosa pueden ya penetrar; en que el hombre no oye mas que un ruido, el ruido de la materia; en que el hombre no ve mas que un espectáculo, el espectáculo de la materia; en que el hombre no tiene mas que un cuidado, el cuidado de la materia; en que el hombre no conserva mas que un amor y una adoracion, el amor y la adoracion de la materia....

¡Ah! ¿No veis á la economía atea que busca en solo el poder del trabajo la solucion del terrible enigma? Es el círculo esencialmente cerrado de las revoluciones y de las catástrofes sociales, círculo fatal, en que la humanidad, agobiada de trabajo y sedienta de placeres gira, gira siempre sin hallar salida y excavando huecos en sí misma á medida que pretende saciarse, y desplegando milagros de energía tan solo para abrir en su alma abismos de deseos; abismos anchos y profundos, que se ensanchan y se ahondan mas y mas á medida que se acumulan los productos en la superficie del globo y que ese festin á que convida la materia á los pueblos sin Dios se hace él mismo mas vasto, mas espléndido y mas delicado; abismos espantosos que se llaman unos á otros, ya con convulsiones y furores perpetuamente renacientes, tragarse á los pueblos siempre mas ávidos de placeres, siempre mas devorados por pasiones, y, por mas que haga la energía de su trabajo, nunca satisfechos y siempre desesperados....

Ahora bien, ¿en qué creís que consiste esa cueva espantosa en que la economía sin religion encierra á la humanidad trabajadora? ¿Qué es lo que cava, aun bajo la superficie de las sociedades opulentas, esos abismos de deseos y esos pozos de pasiones en el fondo de las almas nunca saciadas? ¡Ah, Señores! Estriba en un principio elemental al cual es menester conducirnos siempre; es que tambien el alma del pueblo clama por el infinito, tiene hambre y sed del infinito, y cuando le arrancais á Dios, y de este modo ocultais á sus deseos el infinito real, es fuerza que deje caer por tierra esa necesidad que no puede ya remontarse hácia el cielo; es que ese deseo del infinito, engañado, mas no aniquilado por la negacion, se vuelve con toda su energía sobre lo finito demasiado débil para sostenerlo; clama por lo imposible, y estrechando con furor esa materia vil incapaz de saciarlo, se empeña en correr, de revolucion en revolucion y de catástrofe en catástrofe, tras un simulacro y un fantasma del infinito, bajo el nombre del indefinido....

Y hé aquí lo que condena al ateismo, no por la voluntad de los hombres, sino por la fuerza de las cosas, á convertir la economía inspirada por su soplo, en un problema sin solucion, en un círculo sin salida, en una servidumbre sin remedio, en una provocacion de deseos sin límites y de convulsiones sin fin, en una palabra, á convertir un instrumento de civilizacion y de progreso, en un instrumento de decadencia y de barbarie.

VI.

En fin, Señores, para llegar hasta el fin de nuestro asunto, permitidme que os recuerde, antes de acabar que la ruina suprema causada por el ateismo en ese edificio del progreso cuyos principales departamentos acabamos de recorrer, es la ruina de esa brillante cima que os mostrábamos el año pasado, haciendo resplandecer en ella esta palabra mágica: ¡el arte!... Vuestros recuerdos se hallan en este

punto, como me atrevo á creer, demasiado vivos, para dispensarme de que insista. Contentémonos con resumirlo todo en dos palabras: la ruina del arte es el realismo, y el padre mas legítimo del realismo es el ateismo.

Si, Señores: la estrema decadencia del arte, como lo hemos establecido de una manera que vuestro buen sentido ha encontrado perentoria, es el realismo. No repetiré mi discurso: me atrevo á creer que vuestra conviccion está formada y vuestra fé es firmísima sobre este punto. ¿A qué repetir, por otra parte, cuando los hechos han hablado mucho mejor y mas alto que nuestros discursos?

No há mucho, bien os acordais como de una cosa de ayer, el realismo artístico se anunciaba con clamoroso estrépito, como un reformador, un regenerador, un Mesías. Ya sabeis en qué han parado los nuevos reveladores de la naturaleza y los nuevos mesías del arte. Hemos visto sus obras; no hacian para ocultarlas en las exposiciones universales. Estas obras colocadas del mejor modo sobre su pedestal, y ostentándose en el lugar mas visible y bajo la luz mas clara, han hablado; han hablado muy alto: y para quien ha sabido oír han pronunciado esta terrible palabra: *decadencia*. Atrevimiento en el colorido, audacia en la inmodestia del vestido, impertinencia en lo desnudo, era mas de lo que se necesitaba para excitar, por una parte, en la multitud un movimiento de curiosidad universal y de universal sorpresa, y por otra, un entusiasmo hasta mas no poder y aplausos capaces de producir vértigos en todos los epicúreos del sensualismo moderno.

Desde entonces las cosas han cambiado mucho. El termómetro del entusiasmo ha bajado grado tras grado. La desconfianza y la duda han sucedido á la curiosidad y á la sorpresa, á medida que el arte nuevo se ostentaba mas y mostraba mayor osadía. A fuerza de repetirse los mismos rasgos de audacia en obras poco mas ó menos idénticas, presto vino el fastidio; *el fastidio nació un dia de la deformidad*; se apoderó invensiblemente aun de aquellos que habian empezado por la admiracion. Era siempre la carne,

siempre lo desnudo, siempre lo real, siempre la naturaleza; pero lo real exagerado, lo real llevado al exceso; ¡eran Venus y mas Venus!... ¿Y qué Venus? ¡Llenas de vulgaridad y recargadas de sensualidad, capaces de espantar aun las miradas de los aficionados á los museos secretos, que salian á la luz del dia para hacer bajar los ojos y sonrojarse las frentes de nuestras vírgenes, y salvo á los que han sacudido el yugo de toda clase de pudor, á poner en grande embarazo las miradas de todos los espectadores!...

Llegado á este punto, otro sentimiento aguardaba al realismo: el fastidio debia convertirse en *repugnancia*; y ya este sentimiento, si no me engaño, en vista de esa prostitucion llevada á los extremos límites, se apodera mas y mas de todas las almas nobles, repelidas por esas orgías del realismo hácia las regiones del ideal. Ahora bien, cuando una cosa ha llegado á provocar en la humanidad honesta ese sentimiento que hace volver la cabeza y estremecerse el corazon, la repugnancia, está perdida sin remedio, está condenada sin apelacion, puesta como se halla fuera de la ley, á la vez por la honestidad y por el buen sentido. Así es que el realismo, tal como lo hemos definido y tal como lo habeis visto practicado, girará una y mil veces en vano en el círculo dos veces vicioso del error en que se encierra; se atormentará en vano de mil modos para renovar á fuerza de trabajo y aun de génio, sorpresas imposibles y un entusiasmo resfriado; quiera ó no quiera, permanece siempre marcado con el sello de infamia que le inflige una reprobacion que crece cada dia, y no borrará ya en adelante, sino es volviendo con el cristianismo, el espiritualismo y el sentido comun, á la práctica del arte sublime, aquel en que lo real no se muestra sino transfigurado por el ideal.

Y este realismo doblemente estigmatizado por el génio del arte y por el jurado de las naciones, que han conservado el sentimiento artístico, ¿á quién tiene por padre y madre legítimos? Al ateísmo radical y á la irreligion absoluta. El realismo mas atrevido y mas impudente, el mas dogmático en teoria y el mas desvergonzado en la práctica, el

ateísmo lo reclama, y no sin razon, como su hijo legítimo, su creacion natural.

En verdad que todo lo que es realista en el arte no está convencido de ser ateo en la doctrina. El realismo, convengo en ello, no es necesariamente ateo; se explica, en cierta medida, por una de las dos corrientes permanentes en la vida de la humanidad, la una por la cual sube hácia el cielo de las concepciones ideales, la otra por la cual desciende hácia las regiones de las concepciones sensuales. Hay un arte realista, del mismo modo que hay una filosofía y una literatura sensualista, del mismo modo que hay hombres sensuales. El realismo es el sensualismo en el arte.

Pero aunque el realismo emane de muchas fuentes, y aunque rigurosamente hablando el mismo hombre pueda ser á la vez espiritualista en doctrina y realista en el arte, porque sacrifica á las costumbres sensuales, no es menos cierto que la gran paternidad del realismo artístico pertenece de derecho al ateísmo. El ateísmo lo engendra espontaneamente, y, en un sentido verdadero, necesariamente, y si en sí el realismo no es necesariamente ateo, se puede decir, que considerado en su conjunto, el ateísmo es fatalmente realista.

¿Y cómo podia ser de otra manera? El ateísmo cierra delante del génio del arte esos dos grandes horizontes, el inmortal y el infinito; el ateísmo hace á un lado de un modo absoluto lo sobrenatural y lo divino; el ateísmo, en fin, echa por tierra el ideal y lo destruye desde los cimientos, porque, si Dios no existe, ¿qué cosa es el ideal? El ideal no tiene ya objeto; no es mas que una ilusion del pensamiento que se engaña á sí mismo; es quimera y solo quimera. Ahora bien, una vez suprimido todo esto, hecho á un lado, eliminado y radicalmente negado, ¿qué resta ante el génio del artista? Lo finito, lo contingente, lo real, lo material; todo lo que pertenece á la materia, al cuerpo, á la tierra, nada de lo que pertenece al espíritu, al alma, al

cielo; por consiguiente todo lo que se requiere para crear el arte realista.

Así tambien, recorred esa larga galería de obras maestras de pintura y escultura que la historia del arte sublime, inspirado por el ideal despliega á vuestros ojos de siglo en siglo: ¿dónde encontráis, en ese mundo de prodigios, las obras maestras creadas por el artista sin religion y sin Dios? ¡Ah! Bien conocemos esas obras de primer orden producidas por el génio que cree en Dios y sobre todo por el génio que cree en Jesucristo: ellas ostentan, al par que fechas ilustres, nombres que se han conquistado el respeto y la admiracion. Pero buscad en esas esferas del arte superior una obra maestra de pintura sublime que lleve esta firma: *atheus pinxit*; yo os aseguro que no hallareis una; ¡no, ni una sola! Y aun hoy día, ¿no tenemos ante los ojos la brillante confirmacion de ese testimonio de lo pasado? Las cosas verdaderamente grandes, las obras verdaderamente maestras, creadas recientemente por nuestro génio nacional, ¿llevan acaso la firma del ateismo? No quiero ofender aquí la modestia de nuestros artistas que aun viven, y me contento con preguntar, evocando únicamente tres nombres: ¿Nuestro Pablo Delaroché era ateo? Nuestro Flandrin era ateo? ¿Nuestro Ingres era ateo? Y los que despues de ellos siguen su gloriosa tradicion y nos prometen igualar en breve á los maestros del arte sublime contemporáneo, ¿son acaso ateos?

¡Ah! Lo que el ateismo puede reclamar como suyo en la galería de nuestras obras contemporáneas, no tengo reparo en convenir en ello, es la habilidad de la mano, lo pulido de la forma, el juego del colorido, el atrevimiento de tonos y la audacia de rayos, la valentía de la musculatura y del escorzo; todas las convulsiones de los nervios, todos los estremecimientos de la carne, todas las contorsiones del cuerpo, todas las variedades del tronco, todo la gimnástica, todo el pugilato artístico luchando con todas las dificultades que presenta la máquina humana, atormentada, vuelta y revuelta en todos sentidos y en todas maneras; el calco de

la naturaleza vulgar, la fotografía de la realidad tal como es, y á veces de la realidad obscena; todas estas cosas pueden suponer trabajo, paciencia, talento, si quereis; pero el verdadero génio que busca las grandes inspiraciones del ideal y las grandes transfiguraciones del alma, no tiene absolutamente nada que ver con esto. Y si por desgracia, un génio algun dia descarriado por la doctrina, viene á errar por estas bajas regiones en que el ateismo le ordena que detenga sus miradas y abata su vuelo, hará porque es naturalmente poderoso, prodigios de gigantesca valentia; domará bajo sus manos la energía de la materia hasta el punto de hacerla producir, aun sin ideal, aun sin un reflejo del infinito, efectos sorprendentes é inesperadas maravillas. Pero, á pesar de estos prodigios de fuerza natural y de destreza adquirida, el génio será vencido por el ateismo; se estrellará, sin poderla nunca pasar, en la frontera del arte sublime, y él y sus obras girarán, sin poder salir, en el círculo del arte vulgar, bárbaro, grosero, sensual, animal.

¡Ah! Si, lo que apenas me atrevo á creer, el artista ateo se hallase en este auditorio, y si estuviese tentado á ver en estas palabras un ultraje á su gloria ó un insulto á su génio, yo le diria de buena gana: Perdonad, perdonad á la verdad que quiere libertaros de la servidumbre del error y arrancaros al despotismo de la preocupacion. No, no es vuestra gloria la que pretendo ultrajar; no, no es vuestro génio el que pretendo insultar; no, no es vuestro arte del que pretendo blasfemar; quiero, por el contrario, vengar vuestro arte; quiero engrandecer vuestra gloria; quiero libertar vuestro génio. ¡Hijos de la luz y de la libertad! Salid, salid de esa oscura prision de la materia, de la carne y de los sentidos, en que el ateismo, ese padre de todas las tinieblas, os detiene en su noche lejos de vuestro sol. Seguid la senda que os han trazado con luminosos rastros las verdaderas águilas del mundo artístico; subid á las altas cumbres; mirad la luz, la luz transfiguradora del eterno ideal; desplegad las alas, emprended el vuelo, y subid á Dios; á ese Dios de quien los buhos nocturnos os hacian

P. FÉLIX.

9.

renegar, á ese Dios que os llama, á ese Dios que os atrae, porque él es el centro hácia el cual gravita por su propio peso todo génio que él ha creado para manifestarlo y glorificarlo, haciendo brillar sobre sus obras un reflejo de su infinita belleza. ¡Respirad ahí el aire que es vuestro; vivid en vuestra atmósfera, remontaos por vuestro cielo con un vuelo tan sereno como altivo y tan armonioso como sublime!... Pero, si permaneceis en ese punto en que os hallo con vuestro génio esclavo del ateísmo, y humillado en su noche; con todo y estar dotados de todos los dones que forman á los grandes artistas, os arrastrareis y morireis en los abismos oscuros de ese espantoso realismo que es la muerte del arte y el sepulcro del génio.

Así, Señores, bien lo veis, el ateísmo ó la negacion de todas las religiones, es el progreso invertido y la civilizacion trastornada. Esos sectarios del ateísmo, esos supremos disidentes, esos últimos entre los protestantes, esos hereges del sentido comun y de la razon, esos cismáticos de la humanidad religiosa y adoradora, se jactaban de realizar el progreso por dondequiera, y se encuentra que no lo realizan en ninguna parte, y que sus sistemas y su filosofía no traen consigo mas que una decadencia sin límites y una barbarie sin remedio. ¡Ah! Es que, como decíamos al principio, la religion es la sávia, el meollo, la sustancia, la vida de toda civilizacion y el resorte de todo progreso; es el alma, el alma viva y vivífica de toda humanidad que se desarrolla, crece y se eleva.

¡Oh juventud católica! A tí, á tí sobre todo dirijo estas palabras: tú eres la vida, la esperanza, la fuerza. ¡Levántate! En tanto que te llamo á otras cruzadas, déjame que te convide á esta gran cruzada, la cruzada de la religion, de la religion que hace postrarse ante Dios á toda la humanidad adoradora; á tí, á tí mas que á nadie toca defenderla de la legion de los modernos ateos. ¡Hijos de los cruzados! ¡Ea, sus! Corred, cerrad con esos bárbaros: sed no solamente los soldados de la idea cristiana, los zuavos del Papado amenazado; sed tambien los soldados de la idea divina, los zuavos de Dios

amenazado por el ateísmo. Armaos, no con el hierro, sino con el espíritu, no con la espada sino con la palabra, y acometed á esos nuevos vándalos que amenazan á toda civilizacion, amenazando á toda religion. Llevad, llevad en estas grandes luchas de vuestros tiempos una armadura triple y una á la vez: la luz, el amor y la fuerza. Todos, quienquier que seamos, sea cual fuere el símbolo religioso á que estemos afiliados, sí, todos los que conservamos al menos en el santuario de nuestra vida íntima lo que constituye la esencia de todo culto religioso, la adoracion, ¡ah! estrechemos nuestras filas para detener con nuestra afirmacion unánime esa invasion, la mas bárbara de todas, que marcha al progreso del género humano por la decadencia de Dios; empuñemos con mano firme esa bandera que debe flotar mas alto que todas las banderas, y quedar enarbola-da sobre todas las ruinas para traer todas las restauraciones; y digamos, haciendo eco á todas las nobles voces del género humano, digamos con el grande y universal concilio de las almas que adoran: ¡Anatema á quien no cree en Dios; la barbarie por el ateísmo, el progreso por la religion!

Dios